



ALEJANDRO PARISI
Un detective
suelto en el
Río de la Plata

Página 3



CONTRATAPA
*Simplemente
esto, un relato
de Luis Soto*

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 175 | JUEVES 9 DE ABRIL DE 2015

TAKU KUN RO KUN

La
poesía
como
palazo

Archivo Histórico de Revistas y Periódicos | www.ahira.com.ar



Luisa Peluffo publicó *Fotografías* (Editorial Gárgola), su último libro de poemas. Peluffo, considerada una de las escritoras más importantes de la Patagonia, dijo sobre este libro: "Cuando escriba estos poemas los fui viendo como instantáneas, como fotos tomadas con palabras". Y agregó: "Mis poemas nacen escritos a mano. Mi trazo avanza torpe, desmañado. Como grafismo adquiere intensidad desde lo

puramente visual. Es casi un ideograma, un código que hay que traducir. Tal vez me representa más que lo que escribo. Tal vez sucede que he encontrado el verdadero poema." Luisa Peluffo es escritora y periodista. Desde 1977 vive en San Carlos de Bariloche, lo que influyó en varias de sus obras, particularmente en el sucesivamente realitado *Me voy a vivir al sur*, libro en el que comparte su experiencia.



GUILLERMO SACCOMANNO

Hijo de un monje zen, oriundo de la provincia de Ijite, en el norte de una de las grandes islas del Japón, Shin-ichi-Ishiku, nace en una familia tubercuosa. "Cada vez que tose/ mi padre en la aldea/ ¿toserá así?/ ¿Qué poco es un hombre/ cualquiera, si enferma!". Más tarde apodado Takuboku (1885-1912), el joven será el catorce máximo del tanka. Su apodo, "Arbol susurrante". Desde chico, Takuboku siente gusto en captar las montañas y su gente, anotar sus recuerdos. Su boletín del bachillerato que cursó en Morioka, la capital de la provincia, denuncia que en el cuarto curso faltó 207 veces a clase. A los diecisiete, tal como lo anotaría en su diario, decide "hacerse famoso con la literatura". Se enamora de una chica, Sétuko Jorai, que más tarde sería su esposa. Takuboku adhiere a las huelgas que reclaman una educación democrática. No tarda en viajar a Tokio; empieza a publicar tankas en una revista literaria. Escribe: "Algo en que trabajar/ con alegría/ Hacerlo hasta el fin/ Después, sólo morir". La escritura de tankas es a la vez pasatiempo, catarsis y, por qué no, un diario poético donde compensa sus frustraciones: "Con lo que la quiero/ corté a mi perrita/ las dos orejas/ ¿Qué hastío no tendré/ de esta prrva vida?"

Pueha suerte en la novela, pero ninguna de las que escribe llega a publicarse. Al rechazo se le suma la enfermedad. Debe regresar a su pueblo. Por entonces su padre, acusado de malversar fondos, es echado del templo. La en-

fermedad y la humillación, el dolor y la tristeza se volarán la esencia de su poesía. "No sé a qué se parece/ esta soledad/ que a mí me embarga/ después de darme aires/ de personalidad", escribe. Se afianza temporalmente en Morioka, colabora en un diario local. Tiene veintinueve cuando, buscando mejorar su posición, viaja a Jokodate, el norte del país, colabora en otro periódico y da clases en una escuela. "Quería un quarter/ como si enterrara/ la cara ardiendo,/ ardiendo de fiebre/ en la nieve blanca". Se enamora de una maestra joven. Ante las negativas de la muchacha, la relación deriva en una amistad literaria. Un incendio arrasa la ciudad y destruye la escuela y el periódico. Se traslada a Kusiro. "Hombre, por fin/ me acostumbro al mundo/ y logro ir comiendo". Llegó a director de la columna literaria del periódico de Kusiro. Se enamora de una geisha de diecinueve años. Deja el trabajo y se vuelve a Tokio. Lo social tampoco le esajeno: los trenes atravesando la intemperie, las patitas que transan con los viejos, el desprecio de los chicos hacia el hijo de un policía, el vino como anestésico de la desgracia, el padre que pierde un hijo en la guerra. Y la guerra está ahí: "Despedí a un batallón/ que iba a la guerra/ Yo estaba triste/ viendo que ellos iban/ sin ninguna tristeza". Lejos de los sayos, fracasado y pobre, su salud se quebra. Un amigo de la familia, un militar de buena posición, ayuda a su familia y se casa con su cuñada. Más tarde Takuboku descubrirá que el militar es amante de su esposa. Por entonces ya ha avanzado en la escritura de un diario en inglés para bloquear el espionaje de su mujer. "Con pluma lo escribí/ y está en mi diario/ ¿Que hoy vi

TAKUBOKU

un poquito/ por el hueco del escote/ que tenía a mi lado".

En su vida corta construyó una obra poética vasta, sencilla y directa, prácticamente antimetáfora, bajo el imperio de las emociones: "Mujer que una noche/ se bajó del tren/ en Kuchín/ con una cicatriz/ la misma sien". Poder de síntesis que, en su ascetismo, se torna tan sugerente como frontal y derivación al lector de lo que subyace en unos contadísimos versos.

A los veinticuatro años tiene su primer hijo, que morirá a las tres semanas. Compone entonces ocho tankas, en el mismo día, "Cantos a mi hijo muerto" (28 de octubre de 1910): "Era tarde una noche/ cuando yo volví/ de mi trabajo/ y abracé a mi hijo/ que acababa de morir". Cada uno de estos ocho tankas es un desgarró: "Los nabos engordaban/ sus rafes blancas/ pero mi hijo/ nació y se murió/ a las tres semanas". Y también: "Como el que se enfrenta/ a un gran misterio/ puse la mano/ en la frentecita/ de mi hijo/ muerto". El octavo tanka: "La piel de mi hijo/ de cuerpo presente/ con gran tristeza/ hasta la mañana/ estuvo caliente". Dos años después muere su madre. Y un mes más tarde, muere Takuboku. Uno de sus tankas, que puede leerse como epitafio: "Pensé que las palabras/ que no usa nadie/ acaso sea/ yo solo en el mundo/ el que las sabe". Y bien puede leerse, además de como arte poético, como epitafio iluminador.

Un tanka tiene cinco versos de cinco, siete, cinco y siete sílabas, que no necesariamente deben rimar. No es la rima lo que importa ni tampoco, co-

mo en el haikú, la captura de la fugacidad en el paisaje. En el caso Takuboku, el paisaje no es tan icónico como lo humano. Como ejemplo de una poesía distinta, la de Takuboku, en sus ráfagas de intimismo, puede ser leído a la vez como autorretrato y como narrativa: "Harto de llorar/ me puse al espejo/ y empecé a hacerme/ hasta que me harté/ mil muscas y espavientos". Cuando Takuboku anota un estado de ánimo, se advierte una historia que no es sólo la personal: "Si el mendigo es ruin/ mira y no te enfades/ que, ay, compañero/ lo mismo soy yo/ cuando paso hambre". La desolación, la angustia, a veces destilan un humor corrosivo: "De pronto retumbó en el bosque un tiro/ ¡El desgraciado! Yo pensé lo bien/ que suena un suicidio".

Una enorme cantidad de tankas que dejó Takuboku asombra, pero su calidad es todavía más sorprendente. La trama subterránea de cada tanka viene con su intensidad todo problema de adaptación a otra lengua. A pesar de su amargura, el poeta no es auto-compasivo. Takuboku apela a la ironía y la aplica a sí mismo. "Una temporada/ tuve mal los ojos/ y me ponía/ gafas de lentes negras/ ¡Y lloraba solo!". Tampoco le cede al romanticismo: "Todo es dinero/ dinero/ ¡Y yo me reía/ Poco después/ pensando lo mismo/ la raba me comía". Y acota: "Mi ideología/ no tiene otra base/ que es soy pobre/ Ha llegado el otoño/ ¡Y el viento que hace!". Acercarse a Takuboku implica, desde el vamos, desterrar la noción de excentricidad de lo japonés. Su reticencia es extrema y, no obstante, fuerzísima. Porque su lectura opera como el palazo que el maestro zen le descarga en la cabeza al discípulo latoso que porfía con preguntas molestas.



La
poesía
como
palazo

En *Coronada de moscas* (Sexto Piso) la escritora, ensayista y académica mexicana Margo Glantz, vuelca sus impresiones sobre la India, un viaje que comenzó antes del viaje para partir con un bagaje de escrituras ajenas, de miradas y sensaciones de otros que suma a las propias, sobre un país donde conviven la belleza y la miseria. El libro está dividido por unidades narrativas, algunas extensas y otras breves, en

las que la autora despliega todos los sentidos—no sólo el de la vista—para abarcar tanto el dato antropológico como el apunte azaroso y la reflexión personal, en la contemplación de lo que perdura desde hace siglos y lo que se pierde todos los días para siempre. Glantz llegará a la Argentina el 1° de mayo para participar de la Feria del Libro de Buenos Aires que esta edición tendrá a la ciudad de México como invitada de honor.



Un detective suelto en el Río de la Plata

DELTA DEL TIGRE. EL REFUGIO DONDE BALESTRA. EL DETECTIVE CREADO POR ALEJANDRO PARISI. SUEÑA CON ESCAPARSE DE UN MUNDO CORRUPTO Y LOGRAR QUE LE CREZCAN LOS JAZMINES.



JAVIER CHAIRRANDO

Detectives vocacionales obligados a investigar por la aparición de la tragedia en sus vidas. Policías en actividad que buscan la verdad, o que tropiezan con ella. Emulós de Sherlock, capaces de ver a través de una cerradura oxidada y llena de telarañas cosas que los mortales comunes no vemos ni aunque pasen en tecnicolor frente a nuestros ojos. Periodistas que en lugar de levantar el teléfono salen a la calle a entrevistar víctimas y potenciales victimarios. Policías retirados, asaqueados con la corrupción de la santa institución de la ley. Y, por último, detectives de oficina polvorienta, botados en un cajón, una vida de espaldas al mundo que ruga fuera de la ventana de esa oficina, y una mujer que entra y sale de su vida.

De todo esto hay un poco en la literatura argentina. Pero quizá de lo que menos hay es de la última variante, la del detective solitario y casi perdido en la puerta de la oficina, un tipo que, a medida que se asaquea, a medias derrota, que al investigar choca con poderes económicos y políticos que rara vez logra penetrar, escéptico, tozudamente honrado.

Con ese último modelo, con el que a la literatura argentina no le

ha sido fácil lidiar, se mete Alejandro Parisi con *La sangre en el ojo*, la primera novela con el personaje de Alvaro Balestra (y que no será la última), un detective en busca de clientes como cualquier masajista o peluquero, pero que también pertenece a otras de las categorías descriptas arriba: es un retirado de la policía, en este caso de la policía uruguaya.

Por muy fácil que sea para cualquier lector reconocer el arquetipo, se impone decir que este tipo de detectives son escasos en nuestras letras. Y si bien hay, algunos han virado, sea por intención de los autores, sea por insistencia de los lectores, hacia la parodia, sutil o a la y llana. Pero los hay, están el Echeñaik de Sasturain, el Philippe Lecoq de Fernando López, el Espada de Esteban Llamas, el Salvaggio de Pablo de Santis, entre otros.

Parisi acepta el desafío con total confianza en sí mismo y jamás oculta que lo que intenta es trabajar dentro de los límites del clasicismo en lo que hace a la novela de detectives (nombre que le viene mejor que el de literatura negra). Y en la segunda frase de la novela dice: "Yo soy un detective en un mundo". Cada objeto de la oficina estaba cubierto de polvo". Luego conoceremos al detective,

un hombre privado, o casi, de vida social, con una hija lejos y una amante casada, sin amigos, el fantasma de un padre relacionado con la represión en Uruguay, y el fantasma de un pasado personal del que tampoco se puede orgullecer. Y como si no bastara, una madre enferma de Alzheimer internada en un geriátrico.

Y aquí aparece el otro desafío de Parisi, que también enfrenta con una energía que nunca decae: obviar los caminos del evidente clasicismo, trillados por el uso y abuso que se vienen haciendo de ellos desde mediados del siglo XVIII, para incluir lo original, algo que en toda novela de género muy difícil, aunque no imposible.

Es decir, un pie en la tradición en el sentido más amplio: el detective a lo Marlowe, con un ayudante marginal, a lo Carvalho (Balestra encuentra ayuda ocasional del Rengo, un mendigo al que refugia porque en las violentas calles de Buenos Aires hay gente que, aburrida, anda matando marginales). Un personaje, decíamos, que se muda de país para huir de monstruos del pasado, lo que lo equipararíamos al Spenser de John P. Donaghy que ha dormido en cualquier lugar, porque en su cama no lo espera nadie y no parecerse a un lugar más acogedor que, por ejemplo su auto o el sillón de su oficina, como el Wallander de Mankell.

Y un pie en la sorpresa. Balestra

no es tozudamente honesto. Vive (es decir donde se lo ve más humano), del reiterado sueño de escapar al Tigre, único lugar donde el detective se siente vivo, intocable para el poder corrupto que combate cada día en el mundo real, y ajeno a la descomposición social que combate como puede y a la vez lo inocula. Un mundo real que ha mutado y que desentona tanto con Balestra como la verdad desentona con la mentira, un mundo con niños ricos aburridos hasta el crimen, un mundo plagado de hábitos curiosos, como la divertida escena de la fiesta de gente disfrazada de cualquier cosa, incluso de pollo, eso sí, de color amarillo; el despliegue de una sexualidad incomprensible a los ojos de Balestra, que como su personaje exige, es un hombre clásico, que ama la verdad a pesar de todo, la belleza de la mujer (natural u operada, en este caso), y que las cosas estén en su lugar, el que él es capaz de comprender.

El vez la hacha de los hombres como Balestra es para que las cosas no se salgan de su lugar, el lugar de lo comprensible.

Pero algún siempre se le escapa: cuando la novia muere de los golpes capaces de matar por dinero, poder, o amor, sea el funcionamiento de su propio celular, y ni

hablar de los vericuetos de esa supermodernidad en la que vive.

De todo eso huye cuando está en el Tigre donde lo espera otro desafío de tremenda importancia: lograr que le crezcan los jazmines. Y a pesar de todo, la novela cierra con una voz de esperanza. Quizá en la próxima novela veamos una Balestra distinto, porque en esta novela es capaz de reír, aunque sea a último momento. "Entonces, desde el fondo del vivero, uno detrás de otro, como si fueran duendes o enanos de jardín, los peones se acercaron cargados de jazmines. Balestra sonrió. Rápido, abrió el baúl y las cuatro puertas de su Peugeot destartado. Si se apartaba, quizá podría llegar a la isla antes de que comenzara la tormenta".

Ya se sabe que antes de la tormenta, reina la calma: Balestra tiene plata que ganó con su trabajo, su amante pronto lo visitará en el Tigre, y en breve volverá a abrazar a su hija.

Alejandro Parisi nació en Buenos Aires. Es guionista y escritor. Con *Delivery* incursionó en el género policial que retoma en *La sangre en el ojo*. También escribió *El abito de los ocho muertos*. Un caballo en la plaza. También es guionista escritor documental y programas infantiles, tanto para España como para Argentina. Con *La sangre en el ojo* se consolida como un escritor de la novela negra, policial, o de detectives, como prefiera el lector.



LIBRO DEDICADO A LA OBRA DE DIANA AISENBERG

Con la idea de reunir en un mismo volumen la obra plástica de Diana Aisenberg, una figura esencial en la escena local, cuyo cuerpo de obra permanece oculto detrás de su energética función de educadora, Adriana Hidalgo Editora acaba de publicar Aisenberg en su colección Los Sentidos, dedicada a artistas argentinos. Docente de artistas desde hace más de tres décadas, pintora y materializadora de

objetos, muestras y diccionarios colectivos, Diana Aisenberg es una personalidad indiscutiblemente influyente en el arte argentino de las últimas décadas. Este libro reúne por primera vez el trabajo tan numeroso como complejo que Aisenberg desarrolló desde hace tiempo, e incluye un ensayo de Roberto Amigó, una entrevista por María Moreno y un texto de Santiago Villanueva.

4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 9 DE ABRIL DE 2015

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

↳ Luis Soto

Simplemente esto

¿Y si estar bien es simplemente esto? Único pollador de la mesa que ha tendido en el patio de su casa, Enrique Wernill considera si el plantío no es un juego que usa para pisotear su ansiedad. Un estado que activa el ferviente deseo de que se cumpla su fantasía, la cita con dos actores: John Gielgud y Dirk Bogarde. Entre gastronomía y cinematografía, es la fantasía más antigua de las que continúan bastante vivitas y culeando poco. Lo flanquean seis sillas vacías. Sobre la mesa languidecen platos y copas, ignorados por ausencia de comensales. En la cocina hay vasos, pan y vino. Acaba de sonar por radio el himno de la 1.

Los invitados demoran en llegar. Si bien es fiel a su fantasía —por eso puso la mesa una vez más, por eso espera—, Wernill sabe que nada garantiza que se hayan enterado de que se va a repetir las escenas del almuerzo, ni que quieran asistir. El creciente fastidio no alcanza categoría de bronca. “Son croquetas de soledad, para ir picando algo. Si estuviera mi mujer las rellenaría con anchos”, Wernill se refugia en el humor para mantenerse sereno. Va hacia la zona de tierra del patio. Lo alegra la fiesta del estallido de los vasos de santa rita. Toma una flor, despliega sus tres pétalos y como sucede con mujeres, chacinados, plataformas de partidos políticos, siente que la seducción que ejercen de lejos pierde intensidad a medida que tan y se aproxima. Y el día más le gusta apreciar gobernar. Girando alrededor de la planta se le da por contar las flores recién nacidas, agrupadas en varias matas custodiadas por espigas.

Wernill arranca una flor, la ve graciosa, pero insignificante. Una

mata que alberga más de 300, en cambio, regala espléndida belleza. Una flor de santa rita sacada de la planta madre es una machuca de barrio vendida de percal. Las 1.100 de su casa ofrecen un espectáculo comovedor. Hay más naturaleza viva, comprobada al apacharse. La mata más cercana al suelo de la santa rita está a 35 centímetros. Más abajo aún se va una rama larga, con curvas de electrocardiograma y sin espigas. Intrusa en el condado de la santa rita, sostiene un malvín. El esfuerzo de un brazo lo ha hecho la rama extendiéndose al máximo para que el solitario malvín reciba sol sin que lo tape la mata color fucsia. Pensando en seres humildes que sobreviven alejados por distintas formas de calidez humana: caricias, palabras, monedas, Wernill asoma el malvín con la película “Umberto D”. Vuelve a ver al anciano —Carlo Battisti, convertido en actor por Vittorio de Sica— que no se atreve a pedir unas liras en una calle de Roma. Hasta que junto a su perro Flicke se para en una esquina y estira la mano con la palma abierta. En eso se acerca una mujer y cuando ella está a apenas un paso Umberto da vuelta la mano, el dorso hacia arriba, como queriendo confirmar si llueve. El orgullo aplasta al fugaz ejercicio de mendicidad.

Después Flicke va a aprender a erigirse en dos patas, elevando el sombrero de Umberto, resultado de colaborar con su amigo y enfrentarse a la realidad. Wernill clavo un palo en la tierra obligando a recogerse la mata saliente de la santa rita. El día más le gusta apreciar gobernar. Girando alrededor de la planta se le da por contar las flores recién nacidas, agrupadas en varias matas custodiadas por espigas.

Al iniciar cada intento por satisfacer su fantasía —éste es el séptimo— Wernill necesita conven-

irse de que va a compartir la mesa con cuatro personas. Tras un par de horas de espera admite que quizás fracase nuevamente el almuerzo. Misálali de tanta cita infructuosa, dejándose guiar por sensaciones y pistas habitualmente falsas, Wernill persigue el encuentro. Persigue y también se siente perseguido. No sabe desde cuándo, más de 40 años, calcula, Wernill franea una fantasía que no cesa de latir: sentarse a la mesa que Alain Resnais diagramó en un parque para su película “Providence”. Cuando entra en órbita se ve junto a Gielgud, Bogarde y una actriz (no sale el nombre, cree que sueca, ¿aquel personaje que en “El silencio” de Bergman se masturba en el pullman de un cine? Wernill sólo pretende que retén Gielgud y Bogarde. Tuvo un sueño en el que la fantasía se acercó hasta rozar con sus uñas el tapizado de la realidad. Para resguardar las imágenes ha anotado en un cuaderno detalles de cada tramo del sueño. Llegaba a una casa del balneario de Sperlonga, al sur de Italia, y en una colina, bajo una galería, asomaba una mesa semejante a la de “Providence”. Cuando iba a sentarse con naturalidad de quien ocupa su lugar, apareció un criado, joven criado que hablaba un idioma que Wernill nunca había oído. Como cualquier criado cristiano o musulmán —quién no se entrega, deliberadamente o, a esa tentación—, Wernill suele corregir las versiones de sus sueños. En ese caso, como no soporta la frase hecha que cese en el título, criado cadíframa, copia por el momento con. En el momento de la herencia paterna, Wernill quiere desterrar ciertos diálogos ridículos. Como es clásico en tres pasos. Alguien saludó: qué-hacés, el otro contesta: en-la-lucha, y ahí es inevitable que un imbecil complete: que-es-cruel-y-es-mucha. Basta

de sacralizar ese barato tangueo de la vida, sermones Wernill. Cuando en el sueño explicaba a qué había ido el criado decía que lo habían 27 años no había registro de un almuerzo de ese tipo. ¿Qué sabe este peno? dudaba Wernill. Sin entender qué quería decir peno, el joven contaba que su padre había sido mayordomo de la familia durante dos décadas y había 7 años que él lo había reemplazado. “¿Nunca vino un señor Gielgud?”, insistía Wernill. “No”. “¿Y Resnais, o Bogarde?”. Luego de consultar una obsesa agenda el joven informaba que ninguno de esos apellidos había sido registrado. “Éste tarde, los restaurantes están cerrados. ¿Quiere comer algo?”, preguntaba el peno. “No”, decía Wernill y se retiraba vencido. “Sólo el sueño es real, yo soy el que sueña, o soy soñado?”, recordaba haber leído, no el autor. Una reflexión que lo confortaba. Desde esa noche decidió alternar fantasías. Se puso en campaña para participar en otro almuerzo al aire libre, también aportado por el cine: la mesa en que Fellini, en “Amarcord”, celebró la boda de la ineludible Gradisca. Habría otro día de invitados, claro. Magali Noël, Ciccio Ingrassia —el flaco delirante que bramaba: “voglio una donna” desde lo alto de un árbol—, por qué no Nino Rota, o el mismo Federico.

“Hoy tampoco van a venir. Los artistas no tienen palabra, se quedan en el libretto”, piensa un Wernill resignado y entra en el living. Una filosa sed de alcohol lo lleva al escritorio. Allí, en un escritorio, Campari, redacción lícita, propia de la península con un prócer sin estatua, como Totó. Se sirve un toque del aperitivo color carmesí

y conecta su notebook. Antes de rozar una tecla la pantalla es invadida por un enorme recuadro que muestra una enlame de brisutas barbudas. A un costado un cartelón sintetiza un mensaje. “Hemos identificado varios elementos del navegador que tienen mala reputación entre los usuarios. Faltan sólo 6 días para que venza el seguro antivirus. Elimine a esos elementos. Apriete aceptar”. Semejante ultratím despista la còlera de Wernill: “No, nooo! Me banco morir solo, pero estas amenazas anónimas... Antes de hacerme identificado debería decir “achtung”, como en los bandos nazis al pueblo polaco. Un hombre de mi generación no concibe un contagio virulento. Para nosotros con la chinche se paga un gozoso un importa la calidad. Chinche sin gozo, no”. Sale al patio con la notebook en la mano, los cables colgando, por desiste de aserrarla como a una cucaracha. Se prende a un borde del mantel, tirona con furia y un alud de copas y platos cubre el piso de lajas de espejitos de loza y cristal. Un gesto de sensatez, se reclama Wernill y acomoda su cuerpo en el lecho de una reposera. Un gato que ama desde que lo rescató del lompsonaje sarnoso, en las vías de la estación Merlo, se echa a sus pies. En la parrilla hacen guardia una pila de ladrillos frente al lecho de canos cerizas del último asado. Una bandada de coturnas parifotea en pleno vuelo. Con su aspecto de alimo, un panadero de antenas erectas las confundió con barbaqueas y un maluco lo mató. “¿Y si estar bien es simplemente esto?”, vuelve a plantearse Enrique Wernill. “¿Qué más necesitaría? La voz de mi viejo y el aroma de su cigarro”, selecciona. Pero surge la especulación: “¿y si los reservo para una noche de mierda?”.

